

Recibos

La Revista de América (vol. II, No. XII). Trae una nueva sección "Letras italianas", a cargo de **G. Prezzolini**, director de **La Voce**, semanario de Florencia. Véase el trozo saliente:

El positivismo castraba al hombre: el estetismo quería infestarlo.

La juventud que ha dado el carácter intelectual a estos últimos diez años de vida italiana, ha tenido una concepción absolutamente diversa de la cultura: no cultivó las ciencias naturales ni se entregó al estetismo, sino estudió filosofía. Su mentalidad, su educación, sus lecturas preferidas son filosóficas. El más seguro indicio de esta mudanza está en la producción libresca y en el renovado interés público por los problemas filosóficos. Con esto, por lo demás, la Italia no hace sino reanudar la tradición de su resurgimiento nacional y repetir el fervor idealista de los tiempos de Giorberti y de Rosmini, de De Sanctis y de De Meis.

El extranjero culto comienza a darse cuenta de estos esfuerzos. Bergson era ya conocido, criticado, amado en Italia, antes de serlo en Inglaterra y quizás en Francia. James era más conocido entre nosotros que en América. Sorel ha publicado algunas de sus obras primero en italiano que en francés. Nuestros estudiantes no van ya a Alemania con el aire humildísimo de discípulos que van a recibir el verbo: llegan mejor preparados que los alemanes; se atreven a criticar y distinguir.

Y como ocurre con todos los movimientos, no faltan los charlatanes, los imitadores simiescos y los que aprovechan. La teosofía y el espiritismo se hinchan también y gozan de aquel realce que tienen todos los sucedáneos baratos cuando encarece el género sincero. No faltan naturalmente las mujeres que acuden siempre a donde sopla el viento. Su pre-

sencia es la señal y al mismo tiempo la mejor garantía del éxito.

La sección **Letras francesas**, a cargo de **Jean de Gourmont**, es interesantísima. Tomamos los dos trozos siguientes:

En este ensayo sobre **La Muerte** (1) **M. Maurice Maeterlinck** trata de penetrar el misterio de nuestro destino póstumo y nos demuestra que, sea cual fuere la hipótesis por nosotros aceptada, el misterio de la muerte deja de ser temible, puesto que consigo se lleva la fugitiva luz de nuestra conciencia individual. Y aun cuando se hubiese demostrado que vamos a juntarnos con la conciencia universal, tampoco esto sería espantoso, ya que, de todos modos, nuestro yo individualizado naufraga en el mar del infinito. Es preciso acostumbrarse a la fraseología poco científica del poeta, y a seguirlo en sus simpatías. A pesar de las apariencias que trata de dar a sus demostraciones, a veces no puede uno menos de sonreírse de su indulgencia mística. No basta con apartar los dogmatismos religiosos para encontrar en sí mismo la verdadera religión del infinito, y es tan ingenuo y simple el que espera una respuesta científica a estas cuestiones, como el que escucha las revelaciones de una religión. En primer lugar, habría que colocarse bajo el punto de vista idealista que duda de la realidad. Pero la filosofía de **M. Maeterlinck** cree en la realidad y se complace en evocar fantasmas. Este poeta es un realista, y es esta una cualidad característica de su raza, que es a la vez positiva y soñadora. De modo, pues, que **M. Maeterlinck** analizará las inquietudes del misterio con la cordura y escrupulosidad propias de un químico de ideas y de sentimientos. Fuera de las religiones, dice el poeta, pueden imaginarse cuatro so-

(1) Un vol. in-18o, 3 fr. 50.—Fasquelle.